



TERRITORIOS EN TRANSICIÓN: UN CAMINO DE AUTOORGANIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Joël Martine

Este artículo es la versión íntegra del publicado en Nexa 29 (diciembre de 2011)

Surgido de pequeñas ciudades británicas en 2006, el movimiento de los territorios en transición es una forma de acción colectiva que intenta responder de forma nueva y prometedora al pico del petróleo y al cambio climático. A las personas se les pide que consideren qué pueden hacer para afrontar el fin del petróleo con los recursos existentes en su territorio específico y cómo los pueden poner a trabajar para hacer frente a esta eventualidad, sin esperar las decisiones del gobierno, sino creando una correlación de fuerzas que haga los cambios posibles.

Con esta toma de conciencia y la apropiación colectiva de la vida local, la ciudadanía sale del dilema entre la angustia paralizadora y la indiferencia irresponsable.

Es muy importante que la ciudadanía, los colectivos sociales y los representantes políticos hagan este paso: se trata de un enfoque pragmático que puede transformar las condiciones mismas de la acción política y contribuir a desbloquear la autotransformación de la sociedad.

El punto de partida no es una premisa ideológica, sino la fuerza de la evidencia: nos encontramos ahora en el pico del petróleo y eso provocará, más temprano que tarde, un trauma en la vida de nuestras sociedades donde todo depende del petróleo: aumentará de forma imparable el precio de la gasolina y la electricidad, se romperá la cadena de suministro alimentario que en la actualidad pasa por el transporte de larga distancia, y crecerá la pobreza flagrante de gran parte de la población, se entrará en una espiral de recesión y se desarrollarán lógicas políticas segregacionistas y autoritarias.

Por otra parte, obrar como si pudiéramos aplazar el pico del petróleo aumentando, aunque sea temporalmente, la explotación de combustibles fósiles (por ejemplo, emprendiendo la perforación petrolífera del polo norte) no haría más que agravar aún más el cambio climático. Por el contrario, una “descarbonización” de la economía (austeridad energética, relocalización de la producción, energías renovables, etc.) permitiría al mismo tiempo amortiguar los daños causados por el pico del petróleo y reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero.

Por lo tanto, hay alternativas. Pero ni el sistema productivo ni los consumidores no están preparados para una transición suave a la era pospetróleo, ya que los decisores económicos, atrapados en una competencia implacable y guiados por la maximización de las ganancias capitalistas o por la maximización del poder estatal, se orientan sin fin hacia el crecimiento de la riqueza y los recursos de poder que tienen a su disposición en el corto plazo y que son masivamente petrodependientes. Por eso mismo, el pico del petróleo conllevará, inevitablemente, aspectos de catástrofe.

En consecuencia, y esta es la contribución original del proceso llamado de “transición”, la sociedad comienza a prepararse para resistir los cambios brutales que sucederán y se empodera para avanzar en su autotransformación organizándose a escala local. En la vertiente positiva, es una oportunidad para romper con el consumo excesivo, para (re)construir las redes de solidaridad y para redefinir la democracia.

Autoorganización local para preparar la resiliencia de la sociedad

La experiencia comenzó en 2006 en algunas pequeñas ciudades de Inglaterra como Totnes. El punto de partida era animar a la población a imaginar cómo será la vida en su ciudad después del pico del petróleo, cuando todos sus derivados valdrán un precio prohibitivo. La idea es organizar ya ahora y desde la base la “resiliencia” del tejido social y económico local para afrontar el trauma colectivo que representará el pico del petróleo, mediante la cooperación y fortaleciendo la capacidad de no quedarse paralizado por el miedo o el fatalismo (hay también una dimensión psicológica de la resiliencia), movilizándose por iniciativas concretas: huertos comunitarios, la reintroducción de espacios agrícolas dentro de la ciudad o los alrededores y, en general, todas las acciones necesarias para relocalizar la economía.

Un aspecto importante para este proceso de relocalización económica es el redescubrimiento de los saberes que había hace cuarenta años en cada población y que han sido abandonados por la globalización productiva: habilidades de reparación, de rehabilitación de edificios, etc. Asimismo, muchos pueblos experimentan con una moneda complementaria local (una especie de vales aceptados por los comerciantes y por productores locales, reconvertibles, si se quiere, en moneda nacional); esta moneda estimula a los consumidores a gastar su dinero en la economía local; es una forma de SEL (sistema de intercambio local) y permite proteger el poder adquisitivo local en caso de grandes fluctuaciones de la moneda nacional. Otro foco de cambio es el puesto en los transportes colectivos, en el uso compartido del coche, etc. Siempre se trata de involucrar a toda la población, y es sobre la base de esta movilización colectiva que al final se elabora un plan de decrecimiento energético: disminución del consumo de energía y cambio hacia las energías renovables. Siempre partiendo, sin embargo, desde la base, de lo que la gente puede y quiere hacer; sólo más tarde, en un segundo momento, es cuando hay que buscar que se incorporen políticos e instituciones. Por eso es tan importante no quedarse en una acción abstracta, sino arraigar en cada territorio concreto.

En los próximos años veremos si estas experiencias desembocan en decisiones institucionales de importancia que comporten una reducción consiguiente de la energía.

La filosofía de la permacultura + aspectos psicológicos

El paradigma que inspira este enfoque es la permacultura, una visión de la agricultura ecológica donde la finalidad esencial es mantener la calidad del suelo a través de sinergias entre las diferentes especies de plantas (lo contrario de monocultivo), inspirada en los ecosistemas naturales. Este enfoque sistémico se aplica también a la sociedad, especialmente en el tejido económico local y las relaciones psicosociales. Por eso es importante el concepto de resiliencia. En psiquiatría, la resiliencia designa la capacidad de la personalidad de recuperarse después de un trauma. En ecología, la capacidad de los ecosistemas para recuperarse después de un desastre.

El enfoque de los territorios en transición es un ejemplo del “pensar globalmente, actuar localmente”. El proceso es localista, pero no es un nimby (el “no en mi casa”). Parte inicialmente de una conciencia aguda de los problemas mundiales. La respuesta quiere ser racional y optimista: se buscan soluciones factibles a partir de la solidaridad y la creatividad personal y colectiva. El enfoque tiene una gran fuerza de convicción moral, es una opción para la felicidad en el corto y el largo plazo, supone la conversión a una convivencia ecológica y la solidaridad. Y aunque los resultados prácticos no son suficientes y pueden parecer ingenuos (¡plantar árboles nuevos en los parques públicos no es suficiente para garantizar la seguridad alimentaria local!), tienen un efecto simbólico y preparan a la comunidad para cambios más significativos.

Un enfoque federal y radical al mismo tiempo

La idea de la transición permite federar en las prácticas sociales (y no sólo en el programa de un partido o una entidad) preocupaciones que a primera vista pueden parecer dispares y darles una coherencia global en torno a temas como la relocalización, la recalificación del trabajo, la democracia local, etc., que dibujan “otro mundo posible”. Aunque no sea específicamente el objetivo inicial, la autoorganización territorial bajo el signo de la Transición contribuye a generar el medio social propicio para las experiencias de economía solidaria y las alternativas al capitalismo, especialmente apropiadas en épocas de recesión.

Habría que incorporar, más de lo que ha hecho en las experiencias británicas, la cuestión de cómo la ocupación laboral y la reconversión del desarrollo industrial se sitúan en la perspectiva de descarbonizar la economía.

De las ciudades pequeñas a las grandes

La idea de la “transición” funciona bien, sobre todo en las ciudades pequeñas, porque se sustenta en una cierta convivencialidad local y en los recursos que ofrece la proximidad. Pero también hay en marcha un experimento de transición en una ciudad grande como Bristol. No existe una única receta; el entorno social, cultural e institucional es diferente en cada lugar. En algunos territorios hay un gran número de prácticas y recursos que ya prefiguran, conscientemente o no, lo que podría ser la era pospetróleo: los grupos de consumo responsable, las redes de autoayuda de todo tipo, las empresas locales de producción o de reparación, el transporte colectivo, etc. La simple identificación de estos actores puede ya contribuir a tomar conciencia de que forman parte del puzzle del futuro y a crear una identidad colectiva. Pero también se corre el riesgo de actuar dentro de una red donde sólo están las personas ya convencidas, mientras queda fuera la mayor parte de la población. Por eso interesa estudiar los casos en los que es realmente una comunidad de vecinos la que se autoorganiza. Tampoco conviene esperar a que se movilice todo el territorio; lo pueden hacer, por ejemplo, los usuarios y trabajadores de un servicio público (un comedor escolar, por ejemplo, o una red de autobuses) y establecer su propio plan de transición energética. Incluso pueden obtener financiación oficial a través, por ejemplo, de la Agenda 21.

El papel de los representantes políticos

Las experiencias en Gran Bretaña actúan dentro de la sociedad civil y no se dirigen a los políticos más que en una segunda etapa. Primeramente logran tener suficiente fuerza social para romper esta pareja infernal que forman la cobardía de los cargos electos y el consumismo de los votantes. Sin embargo, también es posible imaginar que sean los representantes políticos y las instituciones quienes tomen la iniciativa. De hecho, ya están en marcha planes energéticos para detener el cambio climático en muchas comunidades locales. La experiencia francesa muestra que siempre es la implicación personal de un cargo político lo que permite que estos planes salgan adelante. Sea como sea, el énfasis en la autoorganización de la población es fundamental, tanto para arraigar el movimiento como para no quedar encorsetados dentro de los límites de los inevitables compromisos institucionales.

¿Cómo movilizarse para salvar el clima?

Las respuestas presentadas por el movimiento de los Territorios en Transición para hacer frente al pico del petróleo también ayudan a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Por lo tanto, este movimiento constituye parte esencial de la lucha contra la catástrofe climática en curso.

Ante los peligros de las perturbaciones climáticas extremas, preocupa la debilidad de la movilización popular. Por eso, es una gran idea juntar la lucha contra el calentamiento global con la protección contra el pico del petróleo. Los ciudadanos no acaban de ver cómo pueden ellos detener el calentamiento global, ya que piensan que, para ser efectiva, toda acción debe ser global y promovida por las instituciones internacionales. En cambio, las mismas medidas para reducir en gran parte el uso de los combustibles fósiles pueden tener, incluso dentro de los límites locales, un efecto directo en las condiciones de vida de

estas personas cuando llegue el pico del petróleo. Las personas pueden comprender fácilmente que les interesa movilizarse en la perspectiva del pico del petróleo...; así, indirectamente se darán cuenta que es posible adoptar medidas contra el calentamiento global.

Por otro lado, la gente en los países ricos vive sobre todo en las zonas templadas y se encuentra en general menos expuesta a catástrofes climáticas como sequías, huracanes o inundaciones que los habitantes de las zonas tropicales. Les resulta difícil sentirse personalmente afectados por la alteración del clima (incluso si ya están empezando a sufrir las consecuencias). Sin embargo, esta población depende del petróleo en su vida cotidiana para casi todos los bienes de consumo, para el transporte, para tener electricidad en el hogar... Por lo tanto, aunque sea lamentable, se comprende que les cueste menos entender los peligros del pico del petróleo que los del calentamiento global. Y al revés, si esta población, la más energívora del mundo, aprende a prescindir de los combustibles fósiles en el contexto del cenit del petróleo, es de imaginar que estará también dispuesta a prescindir de ellos para proteger el clima.

Por modestos y locales que sean, los progresos de las ciudades en transición han demostrado que los ciudadanos podemos combatir la petroadicción consumista colectiva, un fenómeno que constituye una importante causa de la crisis ecológica. Es cierto que hay otros factores de naturaleza macroeconómica que están en la raíz de la alteración climática y la petrodependencia de las sociedades; estas causas son las decisiones de inversión de las grandes empresas y los gobiernos, atrapadas por la lucha por el poder, por el beneficio financiero y el mantenimiento de la cuota de mercado. El movimiento de las ciudades en transición se ha centrado hasta ahora en el comportamiento del consumidor y la promoción de la convivencialidad y la economía local, sin dirigirse directamente contra estos centros de poder, pero podemos suponer que, cuando gane más fuerza, tendrá capacidad para influir también en las decisiones gubernamentales sobre la política económica.

Una renovación cultural, emocional y política

Sin duda, la idea de la transición a la era pospetróleo creará en el mundo intelectual y en los medios de comunicación aún más controversia que el concepto de decrecimiento, por las mismas razones pero añadiendo una razón más pragmática. Y es que la idea de los territorios en transición también responde a fuertes motivaciones emocionales. Es de forma explícita una respuesta a la ansiedad, más racional que las respuestas religiosas, aunque no las excluya. Es una respuesta al deseo de comunidad, sobre bases pragmáticas, racionales y estéticas también, pero no es comunitarista. Es una combinación de tradición (el interés por los estilos de vida y las habilidades de la civilización preindustrial) con espíritu científico y progresista. Finalmente, es un enfoque de solidaridad y de concreción de ciudadanía.

La idea de que la humanidad ha entrado, o está a punto de entrar, en la transición hacia la era pospetróleo es profundamente racional y convincente, tanto porque es objetiva e indiscutible, como porque permanece abierta, un poco vaga y pendiente de concretar. Por un lado, las advertencias de los científicos convergen en una conclusión irrefutable: tanto por el cenit del petróleo como por la alteración del clima, la era de los combustibles fósiles está llegando a su fin y todos los intentos de retrasar su final sólo agravan la cadena de desastres en la que estamos entrando. Esto lo sabemos, pero tal como ha escrito J. P. Dupuy, “nos negamos a creer lo que sabemos”. Sin embargo, la mera afirmación de que estamos en transición a la pospetróleo, una afirmación que todo el mundo puede entender, tiene el efecto de romper esta incredulidad, esta ceguera consentida, y afirmar con confianza que el orden actual es provisional y que otro mundo ya está en construcción, y esto nos devuelve a las tareas concretas que tenemos pendientes.

Además, la imagen de ese otro mundo no está fijada de antemano: la idea de la transición es, pues, un llamamiento a la responsabilidad y a la creatividad. Ciertamente, la imagen del futuro ya se esboza: la relocalización, los productos duraderos en lugar de los productos de usar y tirar, las redes de empresas de utilidad pública y sin ánimo de lucro, etc., y estas ideas apuntan hacia una sociedad basada en la igualdad, la democracia real y la socialización de la economía. Pero para hacer realidad este proyecto de sociedad

hay que permanecer abiertos a la invención y la experimentación integradoras. Desde este punto de vista, la imprecisión del concepto de transición es positiva. Es incluso un elemento que la legitima en los debates públicos: no sólo permite integrar aportaciones diversas (incluso algunas innovaciones desarrolladas por el “capitalismo verde”), sino que ante los escépticos y críticos evita encerrarse en discusiones interminables entre una solución concreta u otra, para centrarse en la necesidad de abandonar la era de los combustibles fósiles.

¿Y la reconversión de las industrias?

La reconversión de las industrias es un tema clave que, por ahora, el movimiento de los territorios en transición ha tenido poco en cuenta.

A través de la necesaria relocalización de la producción, la ecología, y contrariamente a los clichés, conlleva una reindustrialización del tejido económico local en los países desarrollados. Al mismo tiempo, se trata de inventar un modelo industrial “descarbonizado”: producciones más sobrias y menos contaminantes, más duraderas, más diversificadas para aprovechar los recursos locales, más creadoras de puestos de trabajo por unidad producida, y más inteligentes. ¡Debemos utilizar los últimos descubrimientos técnicos, al tiempo que recuperamos las técnicas tradicionales! Todo esto requiere un gran movimiento para formar profesionalmente a los trabajadores, por ejemplo, en técnicas para aislar térmicamente los edificios y edificar casas de energía cero partiendo del aprovechamiento de los recursos locales (madera, barro, paja, etc.).

En la mayoría de los casos, los márgenes de beneficio serán inferiores a los actuales y más a largo plazo de lo que están acostumbrados los accionistas de las grandes empresas capitalistas. Por un lado, todo ello requiere una importante financiación pública que no esté supeditada a la rentabilidad financiera en el corto plazo, y por otro, necesita formas de producción como las de la economía solidaria, sin ánimo de lucro y concertadas entre los diferentes grupos de interés, además de pequeñas y medianas empresas orientadas al mercado local.

Ciertamente, la reconversión implica decisiones (¿Qué política macroeconómica? ¿Qué seguridad de ingresos para los trabajadores?...) que sobrepasan los procesos actuales de los territorios en transición. Sin embargo, poder aplicar este enfoque en el ámbito de la empresa y de su entorno local es esencial para que trabajadores y vecinos controlen estas reconversiones.

Es necesario que grupos de trabajadores de empresas industriales o de servicios, o incluso empresas enteras, se declaren “territorios en transición”. Esto significa establecer unos objetivos anuales de progreso o de reconversión. Por ejemplo, una tienda puede decidir desarrollar su gama de productos locales. Greenfibre, una empresa con sede en Totnes dedicada a la venta de piezas de ropa de comercio justo, en buena parte de algodón y procedentes de países tropicales, está tratando de vender cada vez más piezas hechas con fibra local (lino, lana), y promover la producción en Inglaterra del cáñamo que actualmente se importa de China. Un método similar se podría aplicar también en una fábrica de muebles de madera.

Otro ejemplo: en Marsella hay una empresa de consultoría ecológica llamada Inspire. Esta compañía ha propuesto, por ejemplo, a una empresa que fabrica disolventes que, en lugar de vender botellas de esta sustancia a sus clientes, venda un abono para disponer tan sólo de las cantidades de disolvente que necesite y recuperarlo después para reciclar. Este es un caso de reconversión de una industria que pasa de fabricar materiales a ofrecer, sobre todo, servicios.

Del mismo modo, las reflexiones en curso en torno al futuro de la industria del automóvil sopesan las posibilidades de pasar de fabricar y vender vehículos a ofrecer “servicios de movilidad”: producción de vehículos colectivos y la gestión en red del alquiler de estos vehículos.

En resumen y para terminar: para hacer frente a las mutaciones y las crisis industriales, los sindicatos, las empresas de la economía solidaria y las cooperativas deben hacer su también la idea de transición.

Nota:

Texto resumido del original del autor: "Territories en transition: un chemin de auto-organisation de la Société". Marsella, agosto de 2010 - marzo de 2011. joel.martine@free.fr